

Domingo de Pentecostés / A

El domingo de Pentecostés culmina la fiesta de Pascua, los cincuenta días en los que celebramos la resurrección de Jesucristo. El Espíritu Santo, don del Resucitado a su Iglesia, es el protagonista de este día. Jesús, tal y como les había prometido antes de su pasión y muerte, no deja huérfanos a sus seguidores, sino que envía el Espíritu Santo para que sea «el alma de la Iglesia naciente» (prefacio).

La liturgia nos ofrece textos propios para celebrar la misa vespertina, que se puede ampliar, a modo de vigilia, con cuatro lecturas veterotestamentarias, seguidas de un salmo y una oración, un fragmento de la carta a los Romanos y finalmente el evangelio correspondiente. Además encontramos recuerdo propio para esta fiesta en las diferentes plegarias eucarísticas, una secuencia para cantar antes del Aleluya que prepara el evangelio, y la despedida con doble aleluya como el día de Pascua. Las rúbricas indican, por otra parte, que se apague el cirio tras la celebración de Vísperas, pero en las parroquias donde no se reza públicamente el Oficio Divino quizá podría apagarse al final de la misa y hacerse el traslado solemne al baptisterio.

*** ESPÍRITU SANTO**

La liturgia de hoy, en sus lecturas y oraciones, nos destaca los siguientes rasgos del Espíritu:

- * Cambia la actitud de los apóstoles que pasan del desconcierto, el miedo y el ocultamiento a la ilusión, la valentía y la predicación de la resurrección del Señor (primera lectura).
- * El Espíritu suscita diversos carismas y ministerios en la comunidad siendo además el principio de unidad de los mismos (segunda lectura).
- * Jesús envía a sus discípulos, tal y como él ha sido enviado por el Padre, entregándoles el Espíritu para que les impulse, aliente y sostenga en su evangelización (evangelio).
- * El perdón de los pecados aparece unido al Espíritu (evangelio) ya que donde reina el pecado no hay espacio para Dios.
- * El Espíritu es el inicio de una nueva creación. Tal y como nos describe san Juan en el evangelio, Jesús resucitado se aparece a los discípulos y alentando sobre ellos, como Dios que insufló su aliento vivificador en Adán al crearlo, les infunde el Espíritu Santo, creando una nueva humanidad.

* Infunde el conocimiento de Dios en todos los pueblos congregándolos en un único pueblo, la Iglesia (prefacio).

* Nos lleva al conocimiento pleno de la verdad revelada por Jesucristo (misa del día: oración sobre las ofrendas).

Podríamos también tomar otras características del Espíritu de la secuencia: «Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo...».

* EL ESPÍRITU SIGUE ACTUANDO EN LA IGLESIA

La celebración de Pentecostés no sólo debe servirnos para hablar del Espíritu Santo de modo teórico –como si de una catequesis pneumatológica se tratara– y de su actuación en la comunidad primitiva –viéndolo como un acontecimiento del pasado– sino para manifestar que sigue presente y vivo hoy en la Iglesia, en los creyentes. Así lo pedimos en la oración colecta de la misa del día: «no dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica». Deberíamos, por tanto, concretar en la realidad de nuestra parroquia los diferentes rasgos del Espíritu que hemos señalado para hacer palpable su acción en la actualidad.

Tengamos presente, también, su acción en los sacramentos:

* Su relación con el bautismo se nombra explícitamente en la segunda lectura: «hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo».

* La confirmación es el sacramento que actualiza Pentecostés (primera lectura) donde se fortalece la fe de los discípulos convirtiéndose en testigos del Resucitado en el mundo.

* La presencia del Espíritu en la eucaristía es imprescindible para la transubstanciación. Pero además nos ayuda a entender mejor la esencia de este sacramento, tal y como pedimos en la oración sobre las ofrendas de la misa del día: «el Espíritu Santo nos haga comprender la realidad misteriosa de este sacrificio». Y, por otra parte, la comunión produce en nosotros la fuerza interior del Espíritu: «la comunión que acabamos de recibir nos comunique el mismo ardor del Espíritu Santo» (misa vespertina: oración después de la comunión).

* Finalmente, la vinculación del Espíritu con la penitencia aparece en el evangelio: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI